

Proust recuperado por las vanguardias

Recordaré ciertas obviedades. Proust ha atravesado un purgatorio en los años treinta y cuarenta. Su obra fue mal recibida y poco leída en esos decenios durante los cuales triunfaron el surrealismo y el existencialismo. No me cuestiono demasiado la inclusión de la palabra vanguardia en el título de este trabajo, pues todos los escritores que han contado y cuentan para nosotros han sido hostiles a Proust. «A partir de 1930 es como si Proust no existiera», recordaba recientemente Philippe Sollers. «No se habla más de él. La NRF se desinteresa y no dice una sola palabra sobre Proust. Paulhan no habla jamás de él y Gide, no hace falta recordarlo, no era lo que más admiraba. Luego, los grandes líderes de la preguerra y la posguerra tampoco hablan. No hay una sola línea sobre Proust en Breton, que lo detesta, ni en Aragon, que cree que diciendo Albert en vez de Albertine se arregla todo, lo cual es una estupidez manifiesta. Nada en Malraux, nada en Sartre, nada en Camus, nada más tarde»¹.

El juicio de Sollers es un poco exagerado pero fundamentalmente veraz, porque cuando los líderes de los treinta y cuarenta hablan de Proust, nunca es para elogiarlo. Céline, por ejemplo, no dudaba en tomar partido en *Voyage au bout de la nuit*: «Proust, medio fantasma, se perdió en el infinito con extraordinaria tenacidad, en una diluyente futilidad de ritos y paseos que rodean a la gente del gran mundo, gentes del vacío, fantasmas de deseos, folladores de a tres indecisos que esperan a su Watteau, en busca de improbables Citereas»².

Estas citas resumen bien lo que se ha reprochado a Proust durante mucho tiempo: que describe la clase de los ricos y los ociosos, la aristocracia decadente, una época muerta o moribunda, todo en un estilo anfigúrico.

Esto recuerda las polémicas suscitadas por la atribución a Proust del premio Goncourt, en 1919, con *A la sombra de las muchachas en flor*, en contra de Roland Dorgelès con su libro *Les croix de bois*, una novela de guerra. La izquierda, los ex-combatientes, los voceros de la juventud, cayeron a tor-

¹ «Sur Proust», L'Infini, n.º 51, p. 29.

² Céline: Romans, Gallimard, Pléiade, París, 1981, tomo I, p. 74.

tazos sobre Proust, que hizo, un año más tarde, un pastiche de estos ataques: «Este veredicto nos compensa del otro, el del año pasado, cuando se llevó el premio ese inmundo cerdo de Proust, casi centenario, gracias a embrollos e intrigas (...) en detrimento de una sana juventud guerrera, entre la cual había para elegir más de una obra maestra, en lugar de ese soporífero, etc...»³.

Los artículos que siguieron al Goncourt prefiguran la recepción negativa que debió pagar *En busca del tiempo perdido* durante mucho tiempo. El autor, se dijo, sólo se interesa por el amor desde el punto de vista mundano, su lengua es preciosista y su estilo imposible. Y, sin embargo, el de Proust es el más notable de los Goncourt. Éste no tenía en 1919 la notoriedad que luego tuvo y no la habría alcanzado si los jurados hubiesen pasado de Proust como pasaron de Céline en 1932.

En *Bagatelles pour une massacre*, la parrafada de Céline contra la heredera de Paul Bourget y de Proust se desvía enseguida hacia el antisemitismo: «Definitivamente, nos balanceamos en la mierda, hemos caído y nos hemos degradado al subrango de las subprusterías», asimiladas a renglón seguido a «el diluvio judío, comunizante, predicador, al arca judía, la prisión judía, es decir dispuestos a flotar en un océano de homicidios judíos»⁴. En 1943, Céline se irritó porque Brasillach defendía a Proust y halló en éste un estilo «talmúdico»: «Más o menos, el Talmud está concebido y escrito como las novelas de Proust, tortuoso, arabescado, desordenado mosaico»⁵. Cabe preguntarse si Proust, muy tolerante respecto al antisemitismo, habría reaccionado como le aconsejaba a Gallimard en 1921, cuando *L'Action française* se negó a publicar un anuncio donde se citaba un artículo de Fernand Vandérem sobre *Sodoma y Gomorra*, salvo que se quitara el nombre del autor, porque era judío, y del libro de Proust, porque era indecente. «Como ante todo estoy preocupado por no molestar a León Daudet, estaría dispuesto a aceptar las supresiones que proponen (creo que el antisemitismo no tiene nada que ver en el asunto y que 'sucio judío' es un epíteto homérico en la casa) si el anuncio es lo bastante elocuente como para que compense la falta de precisión»⁶.

Proust parecía dispuesto a sacrificar su judeidad al éxito de su libro. En cuanto a Céline, no distinguía entre judaísmo, homosexualidad, esnobismo y estilo: «El muy minusculizante análisis de enclavamiento a la Pru-Proust, subida-matiz en semidardo de cuarto de mosca», según define la manera de Proust en *Bagatelles*⁷.

³ Carta a Jacques Boulenger, 4 de diciembre de 1920.

⁴ Céline: *Bagatelles pour une massacre*, Denoël, Paris, 1937, p. 187.

⁵ Carta a Lucien Combelle, Révolution nationale, 20 de febrero de 1943, en Cahiers Céline, 7, Gallimard, Paris, 1986, p. 180.

⁶ Marcel Proust-Gaston Gallimard: Correspondance, ed. Pascal Fouché, Gallimard, Paris, 1989, p. 371.

⁷ Bagatelles pour une massacre, p. 169.

El momento en que Céline dice las peores cosas sobre Proust en público es también muy significativo, aunque, en privado, nunca haya renunciado a su opinión sobre el estricto clasicismo de Proust, sobre la longitud de sus oraciones y su ausencia de sentimiento, lo cual lo ponía fatal: «HORROR de lo que *explica*... Proust explica demasiado, para mi gusto. Trescientas páginas para hacernos comprender que Tuttur le da por culo a Tatave, es demasiado»⁸, opina todavía en 1947. A partir de mediados de los cincuenta, cuando Céline intenta rehacer su lugar en las letras francesas y a promocionar *D'un chateau l'autre*, llega a alentar un acercamiento a Proust en diversas entrevistas. Tal vez en 1957 ya no convenga agarrárselas con Proust. Es verdad que Céline también publica en Gallimard pero que no es capaz de contenerse del todo: «Proust, evidentemente, se hallaba en el gran mundo, y bueno, contaba lo que era ese mundo, lo que veía y luego, por fin, los pequeños dramas de la pederastia»⁹. Quitando un extremo antisemitismo, los seguidores de la literatura popular, populista, proletaria, comunista y comprometida –los nombres han cambiado a menudo– no habrían dicho otra cosa entre 1930 y 1960.

Proust, entonces, es atacado, tal vez por judío y homosexual, pero también como clásico, según el epíteto que pronto le endilgaron y que no era precisamente el más seductor para las vanguardias. Desde la aparición de *Por el camino de Swann* en 1913, tras el cual Gide y Gallimard pidieron a Proust que se uniera a las ediciones de la *Nouvelle Revue Française*, que había rechazado el original en 1912, luego entre el premio Goncourt y su muerte, Proust fue celebrado como grande y clásico escritor. «Usted es realmente nuestro maestro» le escribía Gallimard en 1920¹⁰. El número de homenaje de la *NRF* de enero de 1923 reunió, bajo la coordinación de Gaston Gallimard y Jacques Rivière, a numerosos autores de la casa –Valéry, Thibaudet, Drieu la Rochelle, Gide– junto con algunos amigos de Proust. Un clan de proustólatras se formó enseguida. Gallimard publicó en 1928 un repertorio con los personajes de *En busca...*, un volumen de trozos escogidos, reimpresso a menudo, y un repertorio de temas en 1935. Pero no por ello Proust dejó de bajar enseguida al Purgatorio. Las ventas de *Swann* descendieron de cerca de 8000 ejemplares en 1927, el año de *El tiempo recobrado*, a menos de 1400 en 1936. Al comienzo de los años cincuenta, antes de la edición en la *Pléiade*, habían subido a un poco más de 2000 ejemplares por año. León-Pierre Quint, al reeditar en 1928 su elogioso *Marcel Proust, sa vie, son oeuvre* (1925) anotaba que Proust jamás pronunciaba la palabra Dios

⁸ *Carta a Milton Hindus, 11 de junio de 1947, en Milton Hindus: L. F. Céline tel que je l'ai vu, Herne, París, 1969, p. 142.*

⁹ «L. F. Céline vous parle» en *Céline: Romans, Gallimard, Pléiade, París, 1974, II, 932. El texto es de 1957.*

¹⁰ *Proust-Gallimard: Correspondance, p. 302.*

y que era indiferente a toda moral: «Esta despreocupación» concluía «empequeñece un poco la humanidad de su novela»¹¹. En la reedición del mismo libro en 1936, Quint observaba «la indiferencia de cierta parte de la juventud hacia un escritor que se desinteresó por la cuestión social»¹² y hacia una obra donde no aparece un solo trabajador manual, campesino ni obrero, mientras que los escasos personajes que tienen un oficio –médicos, oficiales o embajadores– están vistos en sus ratos de ocio. Quint intentaba salvar por la obra los defectos del hombre, por otra parte universalmente reconocidos: esnobismo y sexualidad desequilibrada. Desde 1926, una gran encuesta en una revista literaria, *Les Marges*, había considerado a Proust responsable del desencadenamiento de la homosexualidad en la literatura.

Pero si Céline juzga necesario atacar a Proust en 1932, diez años después de su muerte y cinco años después de la publicación de *El tiempo recobrado*, es porque su fama, aunque en su punto más bajo, no ha desaparecido. Lo mismo para Sartre, que en 1939 se regocijaba porque la fenomenología de Husserl había hecho caducar definitivamente el espíritu de análisis de la novela francesa: «(Husserl) ha hecho tabla rasa con lo anterior y dado lugar a un nuevo tratado de las pasiones que se inspira en esta verdad tan simple y tan profundamente desconocida por nuestros refinados: si amamos a una mujer, es porque es amable. Hemos aquí liberados de Proust»¹³. En la «Presentación» de *Les temps modernes*, en 1947, Proust debía de ser el único escritor aún citado largamente, en un ataque en toda regla contra quien Sartre consideraba el colmo de la irresponsabilidad burguesa: «Pederasta, Proust ha creído poder apoyarse en su experiencia homosexual cuando quiso describir el amor de Swann por Odette; burgués, presenta este sentimiento de un burgués rico y ocioso por una mantenida, como el prototipo del amor: entonces, cree en la existencia de pasiones universales (...) Proust se eligió burgués, se hizo cómplice de la propaganda burguesa, porque su obra contribuye a divulgar el mito de la naturaleza humana»¹⁴.

Para Sartre, entonces, Proust era el enemigo público número uno, el representante de una literatura de la interioridad al servicio de los privilegios de clase. Sartre volvía de lejos. El desenlace de *La nausée*, donde, escuchando una pieza de jazz, Roquentin entreveía una posible redención en la creación literaria, parecía ratificar la religión del arte de *El tiempo recobrado*, esta alienación estética que Sartre no pararía de denunciar tras la guerra, en particular en *Les mots*.

¹¹ Pierre-Quint: Marcel Proust, sa vie, son oeuvre, *Le Sagittaire*, París, 1976, pp. 254 y 165.

¹² Ibid., p. 273.

¹³ Sartre: Situations I, Gallimard, París, 1947, p. 32.

¹⁴ Sartre: Situations II, Gallimard, París, 1948, p. 20.